

XLVII

EL CASAMIENTO EN NUESTRA SEÑORA

El domingo 30 de enero de 1853 todo París está de fiesta; un cielo puro y una temperatura primaveral favorecen la solemnidad que se prepara, y una población innumerable se dirige á todos los puntos por donde el cortejo imperial debe pasar: el Carrousel, el patio del Louvre, la calle de Fossés-Saint-Germain-l'Auxerrois, la calle de Rivoli, la plaza del Hotel de Ville, el muelle de Gesvres, el puente de Nuestra Señora, el muelle Napoleón, la calle de Arcola y el atrio de la catedral. En el patio de las Tullerías están alineados en batalla dos escuadrones de guías; en la plaza del Carrousel se presentan en columnas compactas una brigada de coraceros, otra de carabineros y un escuadrón de la gendarmería del Sena. La guardia nacional y el ejército forman una doble fila desde el palacio de las Tullerías hasta la catedral. Las corporaciones obreras de París y su distrito, las comisiones de doncellas vestidas de blanco y los veteranos del primer Imperio, están agrupados ya en el camino que el cortejo debe recorrer; la plaza del Louvre, la calle de Rivoli, el Hotel de Ville y los muelles se hallan adornados de mástiles, de banderolas, de panoplias y de escudos con las iniciales del emperador y de la emperatriz.

Son las once y media. Dos coches de la corte, escoltados por un piquete de caballería, van á buscar á la novia para conducirla desde el Elíseo á las Tullerías; en el uno van la princesa de Essling, camarera mayor; la duquesa de Bassano, dama de honor, y el conde Carlos Tascher de la Pagerie, primer chambelán; y en el otro la emperatriz, la condesa de Montijo y el general conde Tascher de la Pagerie, gran maestro de la casa de S. M.; el caballero barón de Pierres va á caballo junto á la portezuela del coche.

A mediodía, el cañón de los Inválidos dispara sus alegres salvas, los clarines resuenan y los tambores redoblan ruidosamente: es el momento en que la soberana llega al palacio de las Tullerías por la verja del pabellón de Flora. Se apea del coche delante del pabellón del Reloj, en cuyo umbral encuentra al gran chambelán, el caballero mayor, el primer caballero, cuatro chambelanes y los oficiales de órdenes de servicio. El príncipe Napoleón y la princesa Matilde la esperan al pie de la gran escalera; la emperatriz sube y atraviesa la galería de la Paz, la sala de los Mariscales, el salón blanco, el salón de Apolo y la sala del Trono. Acompañado del rey Jerónimo, de los ministros, de los mariscales y al-

mirantes, del gran mariscal de palacio y del montero mayor, Napoleón III se adelanta al encuentro de la emperatriz, fuera del salón del Emperador, la conduce á este último, y dándole la mano se presenta en el balcón con la desposada: ambos son acogidos con una inmensa aclamación.

Los coches acaban de alinearse delante del pabellón del Reloj, y el cortejo se pone en marcha. Va precedido de la música del 7.º de lanceros, el Estado mayor de la guardia nacional, con infantería y caballería, un escuadrón del 7.º de lanceros y la música del 12.º de dragones. Siguen primero los coches de dos caballos: los de la casa de la princesa Matilde, de las damas del palacio de la emperatriz, de su primer chambelán, de los oficiales del cuarto civil del emperador y de los ministros secretarios de Estado. Detrás van tres coches de seis caballos: el que conduce al gran mariscal de palacio, el gran chambelán, el gran maestro de ceremonias, el gran maestro de la casa de la emperatriz y la dama de honor; el de la princesa Matilde y de la condesa de Montijo, y el del rey Jerónimo y del príncipe Napoleón (era la carroza que en 1811 sirvió para el bautizo del rey de Roma).

Después, precedido de un escuadrón de guías y de los oficiales generales sin mando, todos á caballo, con pantalón blanco y botas altas, sigue el coche de ocho caballos, del emperador y la emperatriz: es la soberbia carroza, resplandeciente de oro, sobrepuesta de una corona imperial, que el 2 de diciembre de 1804 condujo á Napoleón y Josefina á Nuestra Señora para la ceremonia de la consagración. El mariscal de Francia, caballero mayor, y el comandante superior de la guardia nacional de París, van á caballo junto á la portezuela de la derecha, y el mariscal de Francia, montero mayor, junto á la de la izquierda. Los ayudantes de campo del emperador, los caballeros y los oficiales de órdenes escoltan el coche, los primeros á la altura de los caballos, y los segundos á la de las ruedas posteriores, mientras que los oficiales de órdenes siguen detrás.

El cortejo acababa de ponerse en marcha, cuando se produjo un incidente que hubiera podido considerarse como funesto presagio. El general Fleury lo refiere así en sus *Memorias*: «En el momento en que el coche que conducía á SS. MM. salía del arco de entrada de las Tullerías, la corona imperial sobrepuesta en el mismo desprendióse y cayó á tierra; de modo que fué necesario colocarla de nuevo apresuradamente, suspendiendo la marcha, lo cual no dejó de causar cierta impresión. Un antiguo servidor del primer Imperio llamó la atención sobre la particularidad de haberse producido exactamente un hecho análogo, en iguales condiciones, cuando el casamiento de Napoleón I y de María Luisa. Aquel era el mismo coche, con la misma corona imperial, y el accidente era en un todo idéntico. Napoleón III se informó del motivo de la detención, y cuando se lo expliqué, su rostro impasible no reveló, según costumbre, ninguna impresión; pero en otra circunstancia, él, que conocía tan á fondo la historia del Imperio, no dejó de referirme lo que había ocurrido cuando el casamiento de Napoleón I.»

Volvamos á la ceremonia del 30 de enero de 1853. Detrás del coche imperial avanzaban un escuadrón de guías, el 6.º y 7.º de coraceros, el 1.º y 2.º de carabineros, un escuadrón de la gendarmería del Sena y otro de la guardia municipal.

Mezclado con la multitud en el patio del Louvre, vi pasar el cortejo: á través de los cristales de la deslumbradora carroza, divisábase á la emperatriz como un ser ideal; su palidez realzaba su perfil de camafeo, y no olvidaré jamás la impresión que me produjo aquella radiante y dulce imagen. No sé qué presentimiento me decía que, así como todas las mujeres incomparablemente hermosas, como Cleopatra, como María Estuardo, como María Antonieta, aquella admirable soberana estaba destinada á sufrir catástrofes tan excepcionales como su fortuna y su belleza. Pedí á Dios que bendijera á la emperatriz, apartando de sus labios el cáliz de la amargura, sin hacerla expiar un día de alegrías inmensas por grandes dolores.

La deslumbradora visión había pasado, y el cortejo proseguía su marcha en medio de las aclamaciones. Recorría la calle de Rívoli, que se acababa de inaugurar y que en aquel momento parecía una vía triunfal; las mujeres agitaban sus pañuelos, arrojando ramos de flores, y los soldados y guardias nacionales presentaban las armas. En la plaza del Hotel de Ville hubo una verdadera ovación. A la una, el redoble de los tambores y las aclamaciones del pueblo anunciaron que el cortejo acababa de llegar á Nuestra Señora.

Delante de la puerta principal se había formado un pórtico de estilo gótico, cuyas paredes representaban figuras de santos y de reyes de Francia. En las dos principales pilastras se veían las estatuas ecuestres de Carlomagno y de Napoleón I; y nueve banderas verdes, sembradas de abejas de oro, con las cifras del emperador y de la emperatriz, flotaban sobre las grandes ventanas y el rosetón del centro. Las banderas de los ochenta y seis departamentos coronaban la balaustrada de la gran galería, y cuatro águilas con dos banderas tricolores cerníanse sobre la cúspide de las torres. El arzobispo de París, precedido y seguido de su clero, se había encaminado procesionalmente, con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, hasta la puerta principal; esta última se abrió, y el emperador, dando la mano á la emperatriz, hizo su entrada en la catedral bajo un palio de terciopelo rojo forrado de raso blanco, mientras que una orquesta de quinientos músicos ejecutaba una marcha nupcial. Al franquear el umbral de la antigua basílica, donde tantas generaciones se han arrodillado, la emperatriz palideció: la deslumbradora perspectiva de la catedral, iluminada por quince mil bujías, con sus pilares revestidos hasta los capiteles de terciopelo rojo bordado de palmas de oro, parecía una aparición mística, sobrenatural. Avanzando como en un sueño celestial, con su largo vestido de cola de seda blanca, su cinturón de diamantes, y su diadema rodeada de flores de azahar, á la cual iba sujeto un velo de blonda cuyos pliegues, rodeándola como una nube, llegaban hasta el suelo, la dulce y majestuosa soberana sentía una emoción que se comunicaba á to-

dos los asistentes. Había en su mirada tan pura una como expresión de ternura y de miedo; tímida y cual si dudara de sí misma, modesta y al parecer asombrada de su triunfo, hubiérase dicho que pedía á la envidia y al odio que la perdonasen; imploraba el afecto de su nueva patria, y era como una augusta suplicante.

En medio del crucero se habían colocado dos sillones, uno para el emperador y otro para la emperatriz, con las armas imperiales bordadas en los respaldos, así como en los reclinatorios. Sobre el estrado elevábase un dosel magnífico sembrado de abejas y sobrepuesto de un águila de oro con las alas desplegadas. Al pie del estrado, á la derecha, habíanse reservado sillas para los príncipes Jerónimo y Napoleón y la princesa Matilde; los príncipes Luciano y Pedro Bonaparte, el príncipe Luciano Murat, las princesas Bacciochi Camerata y Murat y la condesa de Montijo ocupaban sillas de tijera á la izquierda. Los ministros estaban colocados á la derecha del crucero, delante de la tribuna del Senado. A la izquierda del altar hallábanse los cardenales, los arzobispos, los obispos y los individuos del cabildo metropolitano. Los novios tomaron asiento en los dos sillones; la camarera mayor, la dama de honor y las de palacio se colocaron en un banco detrás; los jefes y oficiales del cuarto del emperador permanecían de pie, así como el gran maestre de la casa de la soberana, su primer chambelán y su caballero.

La emoción de la emperatriz iba en aumento; el general Tascher de la Pagerie, que se mantuvo detrás de ella durante toda la ceremonia, creyó en diversas ocasiones que iba á desmayarse, y oyó al emperador que se esforzaba por reanimarla con dulces palabras.

Avisado por el duque de Cambaceres, el arzobispo de París saludó á Sus Majestades, que se trasladaron al pie del altar, permaneciendo en pie con las manos cogidas. «¿Os presentáis aquí, preguntó el arzobispo, para contraer matrimonio ante la Santa Iglesia? — Sí, señor,» contestaron. El capellán mayor del emperador presentó después al arzobispo en una bandeja de plata las monedas de oro y el anillo nupcial; el prelado los bendijo, y entre éste y los recién casados cruzáronse las siguientes palabras:

— Señor, ¿declaráis y reconocéis ante Dios y ante su santa Iglesia que aceptáis por mujer y legítima esposa á la señora Eugenia de Montijo, condesa de Teba, aquí presente?

— Sí, señor.

— ¿Prometéis serle fiel en todas las cosas, como el buen esposo debe hacerlo con su esposa?

— Sí, señor.

— ¿Declaráis, señora, reconocéis y juráis ante Dios y ante la Santa Iglesia que aceptáis ahora por marido y legítimo esposo al emperador Napoleón III aquí presente?

— Sí, señor.

— ¿Prometéis serle fiel en todas las cosas, como la buena esposa debe hacerlo con su esposo según el mandamiento de Dios?

— Sí, señor.

El arzobispo presentó después las monedas de oro y el anillo al emperador, que al punto entregó las primeras á la emperatriz, diciéndole: «Recibid las arras de los convenios matrimoniales celebrados entre nosotros.» Y poniéndola después el anillo en el dedo, añadió: «Os doy este anillo en arras del matrimonio que contraemos.»

Entonces los esposos se arrodillaron, y el arzobispo, extendiendo la mano sobre ellos, pronunció la fórmula sacramental y la oración *Deus Abraham, Deus Isaac*. Después volvieron á sus sillones, y la misa comenzó: el *Credo* cantado era el de la misa de la Consagración, de Cherubini. Los cirios de la ofrenda fueron presentados al emperador por el príncipe Napoleón, y á la emperatriz por la princesa Matilde. Los músicos ejecutaron el *Sanctus* de la misa de Adolfo Adam, el *O salutaris* de la misa de Cherubini, y el *Domine salvum fac Imperatorem*, instrumentado por Auber. Terminada la misa, se entonó el *Tedeum* de Lesueur, y en este momento el arzobispo, acompañado del cura de Saint-Germain-l'Auxerrois, parroquia de las Tullerías, se acercó á los esposos y presentó á su firma el registro donde estaba inscrita el acta del casamiento religioso. Los testigos del emperador eran los príncipes Jerónimo y Napoleón, y los de la emperatriz, el marqués de Valdegamas, ministro de Su Majestad Católica en París; el duque de Osuna y el marqués de Bedmar, grandes de España; el conde de Galve, y el general Alvarez de Toledo.

La ceremonia religiosa terminó. Los viejos que desde principios de siglo habían presenciado las grandes solemnidades de Nuestra Señora decían que ni la emperatriz Josefina en el día de la consagración, ni la duquesa de Berry el día de su casamiento, habían visto una pompa semejante á la de la emperatriz Eugenia.

El arzobispo y su cabildo metropolitano acompañaron á los esposos hasta la puerta principal de la catedral, mientras que quinientos músicos ejecutaban el *Urbs beata* de Lesueur. El cortejo se formó de nuevo en el atrio de Nuestra Señora, y el regreso á las Tullerías se efectuó en medio de entusiastas aclamaciones.

El itinerario seguido fué la calle de Arcola, el muelle Napoleón y el de las Flores, el puente de Cambio, los muelles de la orilla derecha, la plaza de la Concordia y el jardín de las Tullerías, donde los recién casados encontraron las corporaciones de obreros y comisiones de jóvenes vestidas de blanco, con su pendón á la cabeza, que les ofrecieron flores. Entrando en el palacio por el pabellón del Reloj, dieron después la vuelta en coche por la plaza del Carrousel, donde se apiñaban las tropas, que los recibieron con unánimes vivas. Luego franquearon la gran escalera, dirigiéronse á la sala de los Mariscales, y se presentaron sucesivamente en los dos balcones, uno de los cuales da al patio y el otro



Casamiento del emperador Napoleón III con la condesa de Teba
en Nuestra Señora de París

al jardín. Las personas que entonces vieron á la emperatriz saludar á la multitud no olvidarán cuánta elegancia, cuánta majestad y gracia suprema había en aquel saludo. Al dirigir sobre la apiñada muchedumbre una larga mirada de exquisita y penetrante dulzura, y al inclinarse de una manera tan majestuosa y modesta á la vez, la nueva soberana parecía decir al ejército y al pueblo: «Amadme y protegedme.» Así terminó aquel día de triunfo y de apoteosis, que la emperatriz Eugenia recordó en el momento de abandonar para siempre el palacio de las Tullerías.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

| | Páginas |
|--|---------|
| NAPOLEÓN III. — <i>Introducción.</i> | VII |
| LUIS NAPOLEÓN Y LA SEÑORITA DE MONTIJO | |
| I. — La infancia de Luis Napoleón. | 15 |
| II. — La primera restauración. | 25 |
| III. — Los cien días. | 33 |
| IV. — Los primeros años de destierro. | 42 |
| V. — Roma. | 48 |
| VI. — El nacimiento de la emperatriz. | 53 |
| VII. — 1830. | 58 |
| VIII. — El movimiento italiano. | 67 |
| IX. — La insurrección de la Romanía. | 73 |
| X. — Ancona. | 78 |
| XI. — El paso por Francia. | 82 |
| XII. — Arenenberg. | 89 |
| XIII. — Estrasburgo. | 97 |
| XIV. — La infancia de la emperatriz. | 104 |
| XV. — La «Andrómeda». | 108 |
| XVI. — Nueva York. | 113 |
| XVII. — Unos cuantos días en Londres. | 119 |
| XVIII. — La muerte de la reina Hortensia. | 124 |
| XIX. — Un año en Suiza. | 129 |
| XX. — Dos años en Inglaterra. | 136 |
| XXI. — Boulogne. | 143 |
| XXII. — La conserjería. | 150 |
| XXIII. — El tribunal de los pares. | 154 |
| XXIV. — La fortaleza de Ham. | 159 |
| XXV. — Las cartas de Ham. | 167 |
| XXVI. — Los escritos del prisionero. | 175 |
| XXVII. — El fin de la cautividad. | 179 |
| XXVIII. — La evasión. | 185 |
| XXIX. — La muerte del rey Luis. | 190 |
| CAPÍTULO ADICIONAL. — La caída de la monarquía de julio. | 196 |
| XXX. — Luis Napoleón diputado. | 212 |
| XXXI. — La elección presidencial. | 217 |